

—¿Soy por ventura alguna Princesa de la sangre?

—¡Ah! ¡Si pudiese esperar!

—Veremos.

Separáronse después de decir Rosa esta palabra, y en aquel momento su alma ibase á Ladurin, pues era el único que no se mezclaba con sus enemigos y cuya estimación continuaba siendo inalterable.

Al llegar Rosa á la puerta de su casa ocurriósele una idea repentina, y retrocediendo dirigióse apresuradamente al telégrafo y envió á su madre un telegrama muy lacónico.

Ven inmediatamente. Te espero.

Volvióse luego á su casa, y encerrándose en su cuarto empezó á llorar, y poniéndose de rodillas al pie de la cama ocultó la cabeza entre las manos.

—¡Dios mío!—murmuró con acento acongojado.—¿Qué hice para ser tan desgraciada?

XII

En el momento en que Rosa encerrábase en su cuarto y se arrodillaba al pie de su cama, vióla la señorita Carpiquel que, como de costumbre se asomaba á su observatorio,

y convertida en testigo invisible de ese dolor, no se atrevió á interrogar á su vecina acerca de la causa.

En los momentos en que la aguijoneaba la curiosidad, la señorita Carpiquel desplegaba una actividad increíble, de la que nadie habría podido formarse idea á no verla, y habría podido decirse con justicia que era una gata hambrienta persiguiendo una bandada de ratones. Figuróse desde luego que iba á saber alguna historia muy curiosa.

En pocos minutos llegó á la pescadería en donde duraba aún la agitación producida por el incidente de Clara y Rosa. Las vendedoras estaban muy agitadas y se miraban unas á otras de través.

Las partidarias de Rosa habíanse repuesta de su sorpresa, y empezaba la reacción en favor de la reina del barrio, diciendo que habían sido los Merand los que las exasperaron con sus infamias, siendo la *Pintada* la que llevó las cosas á la exageración contando á Fermín, al gran cocinero, un parroquiano que como á otros muchos les había gustado la madre y la hija, un montón de infamias.

La Brejot fue una de las vendedoras que dió pruebas de más vehemencia, y al cabo su honradez la sublevó ante tantas infamias.

—¡Indisponerse con tan buenas compañeras, que siempre estaban dispuestas á prestar un servicio á cualquiera!—dijo.

La *Pintada* se permitió burlarse de esas palabras que se prestaban á un doble sentido, y á la Brejot agotósele la paciencia, y

sin poderse contener cogió un puñado de pececillos, que el sol había caldeado un poco más de lo regular y empezaban á pasarse, arrojándoselos á la cara á la revendedora de Meraud. El rostro de la *Pintada* quedó completamente lleno de desperdicios, pues estaban muy blanduchos, pegándosele á la piel y al pelo, y los demás escurriéronse sobre su pecho liso y sobre sus hombros.

Una carcajada general acogió la hazaña de la Brejot.

—¡Toma!—dijo ésta, —¡Y aún no tienes todo lo que mereces! Más cuenta te tenía haberte quedado en casa, ¡so deslenguada!

—¡Tía sucia!—murmuró entre dientes la *Pintada* á la que los cuadrados hombros y opulentas caderas de la otra pescadera la impusieron respeto. — ¡Si me valiese!... ¡Echarme esa basura!

Y se echó á llorar de rabia y vergüenza.

Hipólito que se hallaba en el puesto de las de Godin con Anita, pronta á saltar como un gallito y á la sazón ya repuesta de sus primeras emociones acercóse á la señora Brejot para apaciguarla.

—¡Vamos! ¡Calmáos, señora Brejot, y sed razonable! Una persona de vuestros años no debe hacer caso de ciertas cosas.

—Es que el genio puede mucho y yo no sé aguantar ciertas cosas,—respondió la buena mujer dirigiendo una mirada rencorosa á Clara.

Callóse ésta y no contestó, porque tenía miedo de la Brejot.

En medio de esa baraunda llegó la señorita Carpiquel al Mercado, y el aspecto enfermizo de la ex costurera, con su rostro afilado, amarillento y silenciosos modales, destacábase de una manera extraña en medio de las robustas vendedoras con sus rostros inflamados y que transpiraban exceso de salud por todos sus poros.

—¿Y Rosa?—preguntó al pasar por el lado de la *Pintada*.—¿Qué ha sido de ella?

—¡A pie por ocho días!—chilló la *Pintada* con voz tan aguda como la del pájaro cuyo nombre la habían puesto.—Y si hubiese aquí justicia no sería ella sola, sino que la acompañarían otras.

—¡Oye, tú, negra! ¡Has de saber que tú no asustas á nadie!—replicó la Brejot.—Nunca me gustaron las soplonas, y cuando hay alguna cuestión se arregla sin llamar á nadie, ¿lo oyes? y si quieres algo ven por aquí que te lo daré.

—¡Por Dios, señora Brejot! ¡Por Dios, Clara!—dijo la solterona procurando apaciguarlas.—¡Dos personas como vosotras ponerse así!

La llegada de un nuevo personaje distrajo á todas las vendedoras. El recién llegado era nada menos que Narciso Minard, el nuevo ayuda de cámara del marqués de Breyne. La presencia del criado produjo una suspensión de hostilidades.

Narciso Minard dirigió una mirada interrogadora á todas partes.

Entre las vendedoras había una mocetona

rubia, frescota, sentada tras un montón de redondos cangrejos cocidos que por su desgracia habianse convertido en cardenales y que se acercaban un poco por el color del pelo, por otra cosa no es de justicia decirlo, á las señas que de la que perseguía diera el marqués, á Minard.

—¿La señorita Rosa Godin?—preguntó el criado quitándose respetuosamente el sombrero.

La revendedora de cangrejos de mar era de una naturaleza excelente y muy amable además.

—¿Qué es lo que queréis?—replicó.

—¿Sois ó no Rosa Godin?

—¿Y qué os importa?

—No hay para qué hacer misterios, se trata de una carta,—dijo Minard.

—¿De un Marqués?

—¡Ah! ¿Sabéis?...

—Como lo sabe todo el mundo. ¿Sabéis que vuestro amo es comprometedor? Viene en coche al barrio y hace todo lo posible para pavonearse con sus conquistas, ¡si al menos fuese generoso en proporción del ruido que mete!

—¿Qué significan todos esos cuentos?—preguntó Minard, cuyo rostro reveló un cómico asombro.

—¡Qué cuentos!

—Sí, los vuestros, ¿qué significan?

—Significan que vuestro Marqués dió aqui un espectáculo de dos mil demonios, que hubo por su culpa un escándalo, y que su favo-

rita, una buena muchacha á la que todos queríamos mucho, se dejó arrastrar...

—¡Arrastrar!—interrumpió, quedándose estupefacto Minard.

—Sí, por un arranque de su genio, y dió unas cuantas bofetadas á personas que las merecían, por lo cual se mezcló la Autoridad y la obligó á marcharse...

—¿A la prevención?—exclamó Minard.

—No, á su casa durante ocho días para que se la calmen los nervios. ¡Eso fue todo lo que pasó!

Minard respiró con más desahogo.

—¡Eso es otra cosa!

—¡Qué! ¿Os figurabais que por un par de bofetadas dadas á tiempo ahorcaban á la gente? Sólo es de sentir por Rosa lo que la sucede.

—¿Y por qué?

—¡Toma! Pues bien claro está; porque mientras tenga que permanecer en su casa no hay ganancias.

—¡Ah! ¡Ganancias!—dijo Minard con una desenvoltura que dió á la pescadera una idea muy elevada de la fortuna de su amo.—¿De modo que está en su casa? ¿Y dónde vive?

—¿No lo sabéis?

—No, porque el sobre no dice más que urgente y en el Mercado.

—¿Veis aquella vieja que anda por allí? Pues á ella podéis entregarla la carta, porque es una vecina de Rosa.

—Gracias.

La rubia pescadera hizo una señal á la se-

ñorita Carpiquel que se acercó. Explicáronla lo que deseaban, y esto la dejó muy satisfecha, porque no deseaba más que encargarse de la carta, y hasta hubiera pagado cualquier cosa por poderla llevar, siendo esta una manera de entrar en materia.

Hacia muy poco rato que habiase enterado de todo lo ocurrido, y la conducta del Marqués excitaba su curiosidad.

¡Cosa más rara! ¡Presentábase en casa de las Godin tan de improviso como las alondras asadas en la mesa del hambriento, nada menos que un Marqués!

Miró con una de esas ojeadas penetrantes cara á cara al criado la señorita Carpiquel, y para verle mejor calóse los lentes, pero era necesario desconfiar de los lentes de la solterona, que no le servían más que para ocultar los ojos tras los reflejos del cristal, y valiéndose de ese medio estudiaba con más atrevimiento las fisonomías de los demás.

Tenía Narciso Minard el rostro descarado de un desvergonzado *Scapin* de esos que no tienen escrúpulos de ninguna clase, la nariz rara de un lacayo de mujer del mundo, la mirada maliciosa y el pelo escaso sobre la frente. Vestía, además, bastante bien, como un criado de buena casa que sale á hacer sus recados por la mañana.

—¿Es muy urgente el recado?

—¡Bah! ¡Puede que lo sea!

—Debe serlo desde el momento en que os mandan con la carta en vez de echarla al correo.

—Es posible que sea así.

—En ese caso, dádmela que la llevaré en seguida.

Quitóse Florencia los lentes que la estorbaban entonces, una vez que había podido estudiar el rostro del criado, lo mismo que un antiguo subprefecto su distrito, saludó á derecha é izquierda á las vendedoras, y como quien no hace nada, llevóse á Narciso Minard hacia la calle de Rambuteau, lejos del círculo de curiosas orejas que podían oírles, y que si se ha de decir la verdad, no deseaban otra cosa.

Las escenas de la mañana habían excitado mucho la curiosidad de todas aquellas mujeres. Al llegar al otro lado de la calle, y en frente de la tienda titulada las *Fábricas de Francia*, volviéndose bruscamente Florencia hacia Minard, que no se separaba ni un paso de ella, comprendiendo que deseaba hablarle.

—Será fundado en razones decorosas por lo que vuestro amo escribe esta carta,—dijo con acento severo.

—Pero...

—Es que no me encargaría de llevarla si supiese lo contrario,—añadió Florencia.

—No lo sé, y bien podéis suponer que el señor Marqués no va á contarme sus negocios,—replicó Minard.

—¿Qué clase de hombre es ese Marqués?

—Un hombre como los demás.

—No lo dudo, pero me refiero á la cuestión de moralidad.

—¡Ah! ¡Perfecta!

—¿Y la fortuna?

—Sólida como los puentes de Ce,—respondió Minard que había nacido en Anjou. Su país tenía que ganar muy poco en reputación.

—¿Y se llama?

—¡Cualquiera diría que me estáis confesando!—replicó el ladino criado.—Mas no importa, porque nuestras conciencias son puras. Se trata del señor marqués de Breyne, primo del duque de Rouévres y emparentado con otros muchos personajes.

—En otros tiempos conocí al señor duque de Rouévres,—dijo la señorita Carpiquel con acento serio,—y era un hombre muy respetable.

—De modo que esa referencia os basta.

—Hasta cierto punto.

—Bueno, más vale así.

—La última palabra para acabar,—dijo la solterona,—habéis de saber que quiero mucho, muchísimo, á la señorita Rosa Godin...

Interrumpiéndola Minard sin dejarla concluir.

—Si es cierto que tanto la queréis, aconsejadla que escuche al señor Marqués,—dijo expresándose con mucha vehemencia;—por lo que pude comprender, la interesa mucho el que lo haga. Creo que el señor Marqués posee un secreto...

—¡Un secreto!—exclamó Florencia muy alarmada.

—Hablemos más bajo. No sé de lo que se trata, pero con seguridad anda de por medio una fortuna... aparte de eso, mi amo es hombre de arranques y se casará con ella si esa joven no se niega.

—¡Marquesa Rosa!

—¿Acaso no se ven en el mundo cosas más raras? Dadla buenos consejos, ¿qué riesgos corre con mi amo? ¡Ninguno! Mi amo es el hombre más galante de la tierra.

—¡Marquesa Rosa! ¡Qué me decís!—repitió Florencia Carpiquel.

—La verdad, pero no digáis ni una palabra á nadie, ya veis que en seguida tomé confianza y me espontanéé con vos.

—Pues no me sucedió á mí lo mismo,—pensó la señorita Carpiquel,—porque éste muchacho me inspiraba dudas.

—Lo que supongo sólo se debe á algunas palabras que oí por casualidad, y por más que un amo no tiene secretos para su ayuda de cámara...

—¡Sois el ayuda de cámara!

—Sí.

La señorita Carpiquel se inclinó.

—Está bien,—dijo,—entregaré la carta.

Sin dejar de hablar llegaron á la calle de Mondetour y Narciso Minard se quedó parado examinando la puerta por la que se metió Florencia, después de haberle hecho una señal de inteligencia llevando un dedo á los labios.

—¡Valiente cara!—murmuró.—¡Y pensar que esa muchacha se niega á aceptar un ho-

tel! Cualquiera diría que adivina lo que la espera; pero, ¿por qué el Marqués persigue con tanto empeño á una mujer que no tiene un céntimo?

Llegó Minard á Saint-Eustache y tomó asiento en el ómnibus, entregándose á mil suposiciones, á cual más inverosímiles, acerca de ese punto, mientras que la solterona subía los cinco tramos de la casa y llamaba á la puerta del cuarto de Rosa, que deseaba pasar charlando un rato.

Oyóse ruido de pasos al otro lado de la puerta y ésta se abrió.

La señorita Carpiquel respiraba con tanta dificultad como una asmática.

—¡Dadme una silla, por favor, amiga mía!—dijo.—¡Me ahogo! ¡Cinco pisos! ¡Que alto está, y si no fuese por la costumbre!...

—¿Qué os trae por aquí?

—Una carta que me dieron para vos diciéndome que era urgente.

—¿De dónde es?

—¡Ah! ¡No lo sé! Ví que abajo estaba un criado muy bien vestido que deseaba veros, y los que estaban al rededor dijeron: *¡Ahí está una vecina, dádsela!* y así lo hizo.

—¡Dádmela!—dijo Rosa con mucha viveza.

Rompió Rosa el sobre y enteróse del contenido de la carta que sólo tenía cuatro líneas; el Marqués, poco menos que de rodillas, la pedía le concediese la última entrevista aquella noche á la misma hora y en el sitio de la anterior, y una frase misteriosa insi-

nuábale que estaba dispuesto á revelar un secreto de la más alta importancia.

—¡No!—dijo Rosa,—¡No iré! ¡No quiero ir! ¡Que me dejen tranquila!

—Por nada de este mundo, hija mía, pero si no es cometer una imprudencia, ¿se puede saber lo que os dicen?

—¡Sí, como el otro día!—exclamó Rosa.— ¡Una cita! ¡Y á fe á fe que las interpretan bien las tales citas!

—¡Una cita!

—¿Y para qué?

—¡Ya lo veis! Con el pretexto de comunicarme noticias acerca de algún misterio que se refiere á mi madre y á mi.

—¡Diantre! ¿Quién sabe si eso puede seros de alguna utilidad?

—¡Vamos á ver! ¿Es que hay algo tan misterioso en la vida de mi madre ó en la mía? Mi madre, engañada traidoramente por un amo infame que abusó de ella, reparó su falta con el ánimo con que trabajó para criarme. Desde el día en que regresé á París no me separé de mi madre, ¿qué es lo que puede comunicarme acerca de nuestra vida que yo no sepa mejor que nadie? ¡Me apesta ese Marqués! ¡Miseria maldita! ¡Cuanto me gustaría haberme muerto antes que pasar por esto, señorita Carpiquel!

—¡Oh!

—Si; hay momentos en que, á pesar mío, dominanme esas téticas ideas. Nunca hice nada que puedan reprocharme, procuro portarme honradamente en todo, y no me atrae

ni me tienta nada de lo que oigo ó veo.

—Hacéis muy bien.

—Si, podéis creerme, si todos esos parroquianos, esos hombres que tienen bastante descaro para decirme lo que piensan supiesen el efecto que me producen sus palabras, pareceme que no volverían más y se irían á hacer la corte á otra. No tengo celos de nadie, y menos que de nadie, de esa Clara que me interesa tan poco como la primera que pasa por la calle.

—Según dicen, la impusisteis una buena corrección, de esas que no se olvidan fácilmente, porque el par de bofetadas dado á la *Pintada* desahogó su mal humor del mismo modo que se desahoga rompiendo un plato.

—¡Ella se tuvo la culpa!—replicó Rosa con la vivacidad de una niña.—¿Por qué tiene siempre tanta tema con mi madre y conmigo?

—Nadie os acusa por lo que hicisteis, hija mía,—apresuróse á decir la solterona,—por más que el procedimiento me parezca un poco expeditivo.

—Pues á mí no me pesa, y si tuviese que volver á empezar...

—Por ahora concluyó. Cuando la ví tenía aún la cara muy encarnada. Hablemos ahora de ese Marqués, ¿qué fue lo que os dijo?

—¿Creéis que me acuerdo? Me dijo que me había visto una vez que estuve en Trouville y que desde entonces ni una sola dejó de acordarse de mí, que me adora y quiere casarse conmigo.

—En medio de todo eso sería una gran fortuna.

—¡Palabras! ¡Charla pura y nada más que charla; sería preciso estar ciega para caer en ese lazo, pensadlo bien y veréis como tengo razón! ¡Marquesa yo!

—¿Y por qué no? ¿No ha habido reyes que se casaron con pastoras?

—Si, en los cuentos fantásticos, señorita Carpiquel, y yo no tengo tampoco tanta ambición, pues sólo deseo casarme con un hombre que me ame lealmente y que nos protegiese á todos, lo mismo á mí que á mi madre y á Anita.

—Pues bien, si no deseáis más que eso ya le encontrasteis,—contestó la señorita Carpiquel guiñando los ojos.

—¿En dónde?

—¿Creéis que pasó desapercibido para mí lo que hizo Pedro Raguenel en su casa?...

El rostro de Rosa, que con el recuerdo de la corrección impuesta á la *Pintada* habíase alegrado, volvióse á obscurecer.

—¿En Argenteuil?—dijo.

—Si, en medio de las alcachofas y los espárragos, cuando os paseabais con Pedro á lo largo de los cuadros de verduras festoneados de hierbas olorosas, ¡qué bien se estaba allí! El pasante también os hizo la corte, pero ese fue con buen fin.

—No os diré que no; pero todo eso concluyó,—respondió Rosa con acento seco.

—¿Concluyó?

—Por completo.

—¡Tan pronto!
—¿No se creyó todas las sandeces referentes á mí que Meraud iba contando por ahí?

—¿Quién, Pedro?

—Sí, lo mismo que los demás. Esta mañana pasó por delante del puesto y se detuvo un momento para hablar, ¡apenas me saludó! Según me dijo...

—¿Qué?

—Que en adelante no podía haber nada común entre nosotros.

Este recuerdo hizo que la oprimiese la garganta un sollozo mal contenido, y haciendo un esfuerzo mordiéndose los labios para no estallar, añadió:

—No os negaré, señorita Carpiquel, que la opinión de los demás me apena mucho, y á pesar de eso no les tengo mala voluntad porque se figuran que es verdad lo que se funda en falsedades; pero que Pedro, que hace tanto tiempo, que puedo decir que lleva algunos meses hablando conmigo, les haya dado fe en seguida sin preguntarme siquiera lo que había de verdad en esas calumnias y creyéndome capaz de ceder á las súplicas de un hombre sólo porque éste llevaba un título, es rico y puede deslumbrarme con su dinero como á esas perdidas que andan arrastrando su lujo por ahí, eso, lo confieso, me hizo muchísimo daño y no se lo perdonaré nunca.

—¡Ah!

—¡Nunca!

—¿Y le amabais, pobre hija mía?

—No lo sé, lo único que puedo deciros es que su conducta me hirió en el corazón, sí, en medio del corazón,—repitió Rosa pasándose los dedos por los ojos para quitar de ellos las lágrimas que los empañaban.—Hemos concluido.

—¡Bah! Eso se dice fácilmente y luego se arreglan las cosas. Viene el ofensor, se echa de rodillas, pide perdón, y la persona ofendida considérase muy dichosa concediéndoselo.

—Dejémoslo á un lado, pasó ya y no quiero acordarme más,—dijo Rosa con viveza,—deseo olvidarlo.

—Entonces pensemos en el porvenir, ¿qué decidís acerca de esa carta?

—¿Yo? Pues nada.

—¿Queréis que os dé un buen consejo?

—Dadlo.

—Creo que podéis estar segura de que no desea más que vuestro bien.

—Sí.

—¿Sabéis lo que haría si me hallase en vuestro lugar?

—No.

—Ir á esa cita.

—¡Ah!

—Sólo que para evitar en lo posible la maledicencia haría que me acompañase alguien y no diría nada á nadie, ¿qué me decidís? ¿Qué os parece la idea?

—Muy buena,—contestó Rosa con mucha indiferencia;—pero, ¿quién puede acompañarme?

- Una persona de confianza.
 —Por ejemplo, mi madre.
 —Está fuera.
 —La espero de un momento á otro.

Esto no entraba en las cuentas de la señorita Carpiquel.

—No,—respondió con mucha claridad,—y ni siquiera la hablaría del asunto con el propósito de darla una buena sorpresa si es que produce un buen resultado ó evitarla un disgusto si es que lo da malo.

—¿Quién entonces? ¿Anita?

—No, Anita es una niña.

—Es verdad, pues entonces no tengo á nadie.

—¿Y yo?

—No me atrevo á molestaros.

—¡Oh! ¡No os apuréis por tan poca cosa! Estoy dispuesta á serviros en todo y por todo y no se trata más que de un paseo. Diremos que tenemos que hacer una diligencia, que vamos en busca de colocación, por ejemplo, y echamos á andar y nadie tiene que decir lo más mínimo.

—¡Ah!

—Una vez allá abajo hacéis que ese Marqués se explique con toda claridad para acabar de una vez, contándole que sus idas y venidas han producido escándalo y hasta bofetadas, y de ese modo y con cierta astucia conseguiréis averiguar qué es lo que piensa. ¿No os parece que esto es mucho más razonable que mandarle á paseo sin saber qué es lo que quiere?

—Tenéis razón,—respondió maquinalmente Rosa, para la que todo era indiferente,—ya que no sabía qué decidir en medio de mis incertidumbres.

—Iremos al sitio que os indica...

—Los Campos Eliseos.

—A la hora convenida...

—Las ocho y media.

—¡Quién sabe si resultará una gran felicidad para vos de esa entrevista!

Hizo Rosa un gesto de incredulidad.

—¿Y quién es capaz de decir que no?—añadió la señorita Carpiquel entusiasmándose.—¿No puede haberse enamorado de vos? ¿Qué tendría de extraño? Sois más que linda hermosa, y seriais la Marquesa más notable de París, si el marco correspondía al retrato, y si ese señor se enamoró de vos, ¿qué prueba sino que está dotado de muy buen gusto?

—Pero es que yo no le amo.

—¿No os agrada? ¿Y por qué? ¿Tiene alguna deformidad?

—No.

—¿Es muy feo?

—No.

—¿Tiene algún defecto visible?

—No.

—¿Es muy viejo?

—No; á lo más tendrá treinta y cinco ó treinta y seis años.

—Pues entonces...

—Nada, que no me es simpático.

—El amor, según oí decir, porque conste

que no estoy enterada de ello, no es generalmente más que una costumbre, y éste se adquiere,—dijo la señorita Carpiquel.

—No creo que sea cierto lo que decís.

Contestó Rosa con visible distracción mientras se dedicaba al arreglo de su cuarto del mismo modo que si estuviese haciendo el inventario del mobiliario ó pensase desalojarlo no sabiendo á punto fijo qué decisión tomar, á pesar de constarla que era necesario y urgente decir algo.

En el fondo de su alma experimentaba indecible malestar sintiéndose cansada de todo.

No la quedaba más amigo verdadero que Ladurin, que no la pedía nada, ni dote, cuentas ó explicaciones, y recordaba el franco y sonriente rostro del carnicero; pero éste no había hecho aún la conquista más que á medias.

Repugnábala, sin embargo, aquel porvenir, ¡vivir en una tienda parecida á un campo de batalla después de un degüello, entre los cadáveres y los restos de los vencidos!

¡Ah! ¡Si al menos hubiese sido Ladurin un oficial de cualquier oficio, ó un colono, con qué gusto habríase encargado de su educación!

Dados los nobles sentimientos del carnicero, esto no era difícil, pero al pobre pasábale lo que á ella; había echado á andar sin poder escoger el camino.

Empezóse á arreglar para salir, y la señorita Carpiquel seguía con curiosa mirada

sus movimientos, cuando el estrépito de un campanillazo hizo las estremecer á las dos.

En el pasillo oyóse alegre exclamación y Marta se echó en brazos de su amiga que la abrió la puerta.

Tras de Marta y entre la puerta del corredor veíase la silueta de un hombre de elevada estatura.

—¡El señor Jorge! — exclamó Rosa cuyo rostro se cubrió de encendido rubor.

—Vengo á traeros el cuadro, ¿ó creisteis que era capaz de olvidar mi promesa?

La señorita Carpiquel quiso alejarse por discreción, por más que experimentaba grandes deseos de quedarse allí.

Al oír que Rosa la decía que aquel caballero era el señor Jorge de Kerhoët, hijo del Almirante, pretextó la solterona que tenía mucho que hacer en su casa, y se deslizó tan silenciosa como una anguila por el lado de la puerta, en donde desapareció con la misma rapidez que esos diablillos que en las comedias de magia se meten en un hoyo.

—¿Quién es esa buena señora que se asusta con tanta facilidad?—preguntó Marta.

—Una vecina. Una solterona que vive de sus rentas en el cuarto de al lado.

—¿Y cómo se llama?

—Florencia Carpiquel.

Al oír este nombre, Jorge, que estaba muy atareado desenvolviendo al lado de la ventana el cuadro que un criado había subido tras él, levantó la cabeza volviéndose un poco.

—¿Decís que se llama?...

—Florescia Carpiquel.

—No se dónde, pero me parece haber oído ese nombre en alguna parte. Florescia...

—Carpiquel.

—¿A qué se dedica?

—A nada. Tiene algunos intereses y vive allí en frente, en un cuarto muy limpio.

Al mismo tiempo asomó Florescia la cabeza á su ventana, abierta á cinco palmas de la de Rosa, y al otro lado de ese pozo profundo é infecto á que daban en la casa el nombre de patio.

Parecíase á uno de esos fantoches de las bufonadas inglesas á los que no se expulsa por la puerta y que á los pocos segundos se presentan en un tragaluz del sótano ó en una ventana de la bohardilla.

Para hacer que hacía algo cogió un pedazo de tela y se puso á coser, y era de suponer que, no obstante su trabajo, no perdía de vista ni el menor incidente de lo que ocurría en casa de su vecina.

—No puedo precisar á punto fijo en donde,—dijo Jorge,—pero estoy seguro de que hace muchos años que he visto esa cara.

Después de hacer esta observación continuó su trabajo dejando el cuadro libre de su envoltura, y así brilló como una aureola alrededor de la hermosa cabeza de Rosa.

—Ya veis que no olvido que lo prometido es deuda,—dijo el artista.

—Es demasiado bueno para nosotras,—murmuró la pescadera.

—Creimos que te encontraríamos en el Mercado,—dijo Marta,—y hemos tenido que adelantar nuestra visita, porque marchamos á la tarde y comemos en Savigneux.

—Sí, vamos á una posesión de mi madre que está hacia la parte de Lieusaint,—observó Jorge,—un apeadero de caza, en el que debemos pasar un mes para regresar luego á París. ¡Cuánto me gustaría que estuvieseis á nuestro lado!

—¿Estuvisteis en el Mercado?—preguntó Rosa con mucha viveza.

—Sí.

—¿Y no os han dicho nada?

—Nada.

—¿A quién visteis?

—A ese pobre hombre que en otros tiempos estuvo de criado en casa de vuestro abuelo y que ahora es mozo de cordel.

—Hipólito.

—No sé cómo se llama.

—Un hombre que nos es muy adicto; un buen amigo mío,—añadió Rosa.

—Y además, estaba con él una niña muy vivaracha que me dijo con su vocecilla atiplada: ¡Rosa está en casa, señorita!

—Anita, una huérfana á la que hemos recogido.

—¿Y vuestra madre?—preguntó Jorge.

—Está enferma y se fue á pasar quince días á Argenteuil para reponerse un poco. La estoy esperando de un momento á otro... ¡esperad!... Oigo pasos en la escalera, puede que sea ella... Sí, la reconozco, lo es.

Rechinó una llave en la cerradura, abrióse la puerta y entró Teresa en la habitación.

Al principio quedóse parada ante las elegantes personas que llenaban su humilde casa.

Fuera de allí el sol brillaba en todo su esplendor, y la claridad demasiado viva del exterior había deslumbrado á Teresa, que en la penumbra de la habitación no veía bien los rostros de los que la ocupaban.

Abrazóla y besóla su hija, y después de hacerlo, dijola en voz baja:

—El señor de Kerhoët, madre, y Marta esa joven de quien te hablé con tanta frecuencia.

—Vecinos y amigos de Normandía, señora,—la dijo Jorge estrechándola la mano.— Os traigo un recuerdo de vuestra hija, y así, si algún día os abandona, os quedará algo de ella.

—No nos separaremos jamás al menos así lo espero. Somos pobres y no tenemos más que ese cariño, si lo perdiéramos ¿qué nos quedaría?

—No madre; no tengasmiedo,—dijo Rosa.

A los pocos segundos hallábase sentado Jorge al lado de su modelo, mientras que Marta hablaba con Teresa, siendo ésta la primera vez que la casualidad pónia frente á frente á esa madre é hija que ignoraban el parentesco que las unía.

Contemplaba Teresa con admiración á una joven tan encantadora de modesto aspecto, á la que sentaba admirablemente la sencillez

elegante de su traje y cuyo rostro revelaba inteligencia, bondad y natural distinción.

Mirábala atentamente no sin sentir una envidia muy legítima, envidia nacida, no de humilde condición, sino al ver que Rosa era la menos favorecida.

—¿Es vuestro el coche que espera abajo?

—Sí, es el del señor de Keroët, señora.

Al salir de aquí vamos directamente al tren.

—Según me indicó Rosa, parece que no habéis conocido á vuestra madre.

—Es cierto.

—¡Que feliz sería si tuviese ocasión de veros!

—No, puesto que no lo desea.

—Tal vez no sea culpa suya, pues á veces las circunstancias de la vida son muy poderosas. Si algún día la encontráis...

—No lo espero.

—¿Nacisteis en Touque?

—Sin duda, en sus alrededores.

—¿Y no supisteis nunca nada de vuestros padres?

—No.

—Y sin embargo, parece que os han dado una educación muy esmerada.

—Fue un Médico, que por cierto ha muerto este año, el que se encargó de pagar á mi nodriza.

—¿El doctor Montel?

—Sí.

—El fue quién cuidó de mí en casa de mis padres cuando Rosa vino al mundo, lo que ocurrió en la noche del 27 de marzo de 1859

—Precisamente ese mismo día nació; pero Rosa fue más dichosa que yo, porque al menos os tuvo á vos para que la quisieseis mientras que yo no tengo padre ni madre.

Al decir esto asomó una lágrima á los ojos de Marta, y Teresa tuvo una inspiración de esas que salen del corazón.

—¿Me permitís,—preguntó,—que os dé un beso por esa madre ausente? No sé por qué se me figura que algún día querrá veros y que encontraréis intacto su cariño. Una madre no puede vivir sin pensar en sus hijos.

—¡Que Dios os oiga, señora!

Con un movimiento lleno de naturalidad presentó Marta la frente en la que Teresa estampó un beso.

—Ya lo estáis viendo,—dijo Jorge haciendo un esfuerzo para sonreír,—por todas partes existen simpatías, ¿no se dirá al ver este detalle que hemos nacido para formar una sola familia?

Bajó la voz y prosiguió:

—Me vería muy apurado si tuviese que explicaros en qué me fundo para deciros estas cosas, que sin darme cuenta de cómo, acuden naturalmente á mis labios. Os juro que no son frases hechas, y que mi mayor deseo es el de teneros contenta; habládme, pues, con entera franqueza, con el corazón en la mano, ¿sois ricas?

Sonrió bondadosamente al hacer esta pregunta del mismo modo que un hermano á su hermana.

—¡Ah! ¡No!—respondió Rosa suspirando.

—¿Y qué me prometisteis allá abajo?

—Os aseguro de todas veras que no lo recuerdo, porque desde entonces ha pasado tanta agua bajo los puentes...

—Acordáos.

—No puedo.

—Os lo diré. Me prometisteis que si algún día teníais necesidad de un amigo, que recurriríais á mí. Si llegó ese momento hablád con entera franqueza.

Y con una delicadeza conmovedora prosiguió:

—Cuanto tengo os pertenece y podéis disponer de ello, Rosa. Vuestra abuela fue la que crió á mi padre, ó que al menos le prodigó cuidados de madre durante su infancia y esos servicios no se olvidan jamás. Si necesitáis dinero para vuestras ventas pedídmelo, y me lo devolveréis cuando podáis.

—Os agradezco infinito vuestra oferta, señor Jorge.

—Me haríais una gran ofensa rechazando mi oferta. Mi madre es muy generosa conmigo y yo tengo mis ahorros; ¿qué mejor uso queréis que haga de ese dinero? Lo más cuatro ó cinco mil francos, seré vuestro banquero, ¿aceptáis?

Con mucha dulzura rechazó Rosa la oferta.

—Gracias,—dijo,—es inútil.

—¡Ah! ¡Hacéis muy mal, Rosa, y dudáis de nuestra amistad!

—Os prometo que si se presenta una ocasión pondré á prueba esa amistad ¿estáis satisfecho?

—¡Así sea! ¡Jurádmelo por vuestro honor!—dijo Jorge haciendo una mueca cómica.

—¡Por mi honor!

Ambos eran muy simpáticos, con sus rasgados ojos en que se traslucía la más pura de las lealtades; Rosa, con su frente despejada, sus rubios cabellos, ojos negros de sedosas y largas pestañas, su nariz recta y de sonrosados cartilagos, y su talle propio de una Reina.

—En cuanto os veo me considero feliz,—dijo Jorge.—Anoche estaba muy triste y estoy alegre como un día de primavera.

Y al mismo tiempo que esto decía pensaba:

—¿Y qué podría hacer para verla á todas horas?

Llegó la hora de separarse, y Jorge habló un momento con Teresa respecto del abuelo Godin que cada día estaba peor.

—Para vos una casita de campo y una modesta renta sería la salud,—dijo Jorge.

Exhaló Teresa un suspiro que más parecía un gemido, porque sus asuntos no tomaban ese sesgo tan favorable, y la casita de campo estaba tan lejos de ella, que sólo soñando podía alcanzarla, á no ser que algún genio mágico se la proporcionase con una varilla, lo que no era ni siquiera posible.

La señorita Carpiquel sólo se enteró en parte de la despedida, porque Rosa acompañó á su amiga hasta el portal.

A la señorita Carpiquel parecióla tan lar-

ga la tarde como si hallándose aún en sus veinte años la hubiese dado cita algún novio y la esperase con el corazón palpitante paseándose á la sombra de los árboles.

Rosa esperaba con más indiferencia que llegase la hora de esa entrevista, de la que no confiaba sacar nada, ni bueno ni malo, y que por tanto importábala muy poco.

Pasó la tarde al lado de su madre, á la que contó todo lo ocurrido sin ocultarle nada, ni las calumnias de Nicasio Meraud, su disputa con Clara ni los insultos de Pedro Ra-guenel.

Siguiendo este plan de no ocultarla nada, relatóla su primera entrevista con el marqués de Breynes, leyóla sus cartas y dióla cuenta de su oferta de casarse con ella, y en fin, de las incertidumbres que la dominaban.

—Te aseguro que más que nada desearia verte tranquila y feliz,—dijo á su madre.

No le ocultó más que un sólo punto, la cita á que tenía que asistir aquella noche y á la que pensaba ir acompañada de la señorita Carpiquel.

A las seis llegaron Hipólito y Anita manifestando que á la sazón en el Mercado todos estaban en contra de Meraud y de la *Pin-tada*.

El mozo de cordel se quedó á comer con sus amigos. Durante la comida habló no poco de Ladurin, que le inspiraba gran entusiasmo.

Durante toda la mañana Meraud había procurado permanecer apartado del campo

de batalla gozando desde lejos del resultado de su campaña, y sólo por la tarde se presentó en el Mercado, encontrándose con Ladurin cerca del puesto de la Brejot. El richachón respiraba alegría por todos sus poros.

—La pollita no está en el gallinero, querido,—dijo á Ladurin burlándose de él,—se conoce que van á enseñarla á vivir.

El carnicero no respondió ni una palabra, pero miró de arriba á abajo al ex corredor.

La palabra de Meraud le atacaba los nervios y experimentó grandes deseos de darle un puñetazo, pero el sitio en que se hallaban no era el más á propósito, ni al normando le gustaban los escándalos ni tener que andar en discusiones con los alguaciles, porque era un ciudadano pacífico.

Meraud recobró toda su audacia.

—No estamos aquí en el pim, pam, pum, para aplastar los fantoches,—añadió aún con más burla,—y lo que es otra no me cogerá.

Miróle Ladurin de la misma manera que un dogo de gran talla mirara despreciativamente á un falderillo que le ladrase, y se dirigió á su carnicería. Al hacerlo no pudo menos de mascar entre dientes:

—Procura no encontrarte en mi camino, porque si te cruzas conmigo te prometo has de pasar un mal cuarto de hora.

Á las ocho se presentó la señorita Carpiquel y cumplimentó á Teresa por su buena cara con palabras que no eran verdaderas. Acarició después á Anita, y volviéndose hacia Rosa, dijo:

—¿No habréis olvidado que tenemos que salir á un recado? No conviene que lo olvidéis, ¿estáis dispuesta?

Levantóse Rosa con un movimiento lleno de indolencia y sin entretenerse siquiera en arreglar el desorden de su traje, se puso su humilde sombrero y esperó á la señorita Carpiquel para salir.

—¿Volverás pronto?—preguntó su madre.

—Sí, acostáos y no me esperéis. Acordáos de que mañana tenéis que trabajar, que os toca bajar al Mercado.

Abrazó y besó á su madre con redoblada ternura y precedida de la solterona, que daba muestras de mucha agitación, se retiró.

En el corredor encontróse cara á cara con Ladurin, que no la dejaba pasar.

—¿Váis á salir?—preguntó.

—Sí, voy á un recado con la señorita Carpiquel; pero volveremos en seguida. Mi madre se quedó con Hipólito y Anita.

—Pues entonces voy á pasar un rato en su compañía para distraerme.

Cogió á Rosa por el talle, y por más que ésta era alta y gruesa, la levantó como si fuese una niña y la tuvo un momento á la altura de los labios.

—Confieso que me están dando grandes ganas de daros un beso mientras que os tengo así,—dijo Ladurin soltando una carcajada franca.

—No os privéis de ese placer, si eso os satisface.

Se puso encarnado hasta el blanco de los

ojos, pero no aprovechó el permiso; no se atrevía porque le dominaba, paralizándole, una emoción muy grande.

—¡Oh! ¡No, de ningún modo me atrevería á hacerlo! Lo dije en broma.

Conmovióse mucho Rosa y enternecida tendióle la mano con un gracioso movimiento. Cogióla Ladurin y la llevó á los labios.

—Esto es bastante,—murmuró.

Y bajando aún más la voz añadió:

—Creo que por una palabra vuestra consentiría con alegría en dejarme matar; ¡adiós, señorita Rosa! ¡Hasta luego!

Esperó á que las dos mujeres llegasen al pie de la escalera y llamó á la puerta de la habitación de Teresa.

Salieron á la calle y ni Rosa ni la señorita Carpiquel, tanta era su prisa para alcanzar al ómnibus, observaron que las seguía un *quidam*, y que al parecer le contrarió mucho al ver que á la joven acompañaba una vieja cual pudiera hacerlo con una señorita andaluza una dueña.

—¡Demonio!—murmuró.

Vió que Rosa y Florencia subían al ómnibus, y él hizo lo mismo en un coche que estaba esperando y que echó á andar muy de prisa, dirigiéndose por un atajo á los Campos Eliseos. Era Narciso Minard que iba á avisar á su amo.

A las diez y media regresó sola y en un estado indecible de agitación la señorita Carpiquel á la casa de la calle de Monde-

tour. Nunca la había visto nadie de aquella manera ni en su vida dió muestras de una agitación más grande, pues en la calle gesticulaba como una loca al mismo tiempo que lanzaba exclamaciones guturales é incomprensibles.

Al portero, que estaba aún levantado y jugando en su cuchitril, llamóle la atención la incoherencia de las palabras de su vecina.

Echóse la señorita Carpiquel sobre una silla, y no decimos sentóse, porque no sería la verdad, exclamando:

—¡Jesús, Jesús! ¡Misericordia divina! ¡Si supieseis, señora Joquelin, lo que pasa!

La portera, que á pesar de sus defectos, era un alma de Dios, dejó las cartas encima de la mesa y acudió á socorrer á la solterona.

—¿Queréis un vaso de agua, señorita Carpiquel?—la preguntó.—¿No os encontráis bien?

—¡No! ¡No!

—Pero, ¿qué es lo que pasa?

—¡Una cosa atroz!

—¡Nos asustáis!

—¡Y hay motivos sobrados!

—Pero, ¿qué ocurre?

—Dejadme que respire un momento y os lo podré contar. Además de que conviene que lo sepáis, porque hasta la Policía debe intervenir.

Bebióse Florencia Carpiquel dos grandes vasos de agua, uno tras otro, y refrescada

por esa ducha interna, recobró algún tanto la perdida tranquilidad.

—¡La Policía! ¡Qué! ¿Os han robado algo?

—No.

—¿Os faltaron al respeto?

Meneó Florencia negativamente la cabeza.

—¡Si no fuese más que eso!

—¿Qué es, pues?

—Os lo diré, y la verdad es que no me atrevo á volver á mi casa, porque no sé qué decirle á esa pobre Teresa.

—¿Se trata de su hija?—dijo la portera.

—Sí, de Rosa.

—¡Ahí tenéis una muchacha que desde algún tiempo á esta parte da mucho que hablar,—observó el portero Joquelin que era amigo de Meraud.

—¡No tiene la culpa!

—¡Bah!

—Váis á verlo. Figuráos que la persigue un Marqués y quiere casarse con ella.

—¡Un Marqués! Para pasar el rato son muy buenas las muchachas del Mercado, pero llevarla á la Alcaldía, ¡que si quieres!

—Habláis de más,—dijo la señorita Carpiquel que empezaba á picarse;—¿cuantas Marquesas encontraréis por ahí que sirvan siquiera para descalzar á esa muchacha, lo habeis entendido?

—Seguid, señorita Carpiquel, y no le hagáis caso,—contestó la portera, porque quería saberlo todo,—y tú á callar el pico.

—Esta mañana la envió una carta con

uno de sus criados, y no hay que decirme que no, porque la ví y al criado también, pues fui yo quien la recibí y Rosa leyó la carta delante de mí. La suplicaba que le concediese esta noche una cita en los Campos Eliseos, y es preciso confesar la verdad, la muchacha no quiso ir y fui yo quien le aconsejó repetidas veces que fuese. Para acabar de decidirla la indiqué que la acompañaría, y entonces fue cuando juntas nos marchamos.

—Os vi salir,—dijo la portera.

—Ya visteis que íbamos juntas, subimos al ómnibus y á las ocho y media, cuando aún se puede decir que era de día, llegamos á los Campos Eliseos.

—¿Estaba allí el Marqués?

—Podéis figuraros que sí y que no era, quien iba á hacerse esperar. Tenía su coche, un landó, pero cerrado. Ese señor estuvo largo rato hablando con nosotras y me tomó por juez de lo que le pasaba, diciéndome que estaba muy enamorado de la chica. Os aseguro que daba gusto oírle, tan bien se expresaba, y á la verdad, parecíame que tenía razón. Rosa se mostró muy obtenada negándose á todo y diciéndole que no podía creer en esas aventuras; en vano el Marqués hizo esfuerzos para convencerla, no lo consiguió y Rosa contestando que no, y el Marqués cada vez más apasionado insistiendo. Desde luego puede decirse que como hombre es perfecto, es un buen mozo, rubio, de treinta y tantos años á lo más, y el aire más distinguido que

podéis imaginaros, y sin embargo, la fortuna es una cosa muy buena. ¡Oh! ¡Eso no hay que decirlo!

—Ya lo creo,—dijo Joquelin,—yo, por mi parte si pudiese contar tan siquiera con mil doscientos francos de renta, no me estaría aquí tirando de la cuerda, me marcharía á mi Limouzin á tenderme al sol.

—No interumpas.

—Viendo el Marqués que sus argumentos no producian ningún resultado, se convenció de que era preciso dejar las cosas como estaban.

—¿Y qué pasó?—preguntó Joquelin.

—Nos ofreció traernos en su coche y Rosa se negó.

—¿De manera que se negaba á todo?

—Y yo la aconsejé que aceptase, y toda mi vida me pesará el haberlo hecho.

—¿Y por qué?

—Vais á verlo.

—El marqués se apresuró á abrir la portezuela del coche é hizo que subiese Rosa á la que demostró toda clase de respetos, y el criado con quien, debo confesarlo, había estado muy entretenida charlando, quiso meterme en el coche, pero de pronto encabritanse los caballos, desaparece el Marqués, y recibo un empellón que me hace retroceder seis pasos. Nubláronseme los ojos, y cuando me repuse un poco no vi á nadie, ni al Marqués, ni al criado, y el cochero había desaparecido. Figuróseme que había oído un grito, de Rosa sin duda.

—Pero, ¿y los Agentes de Seguridad?—preguntó el portero con acento de duda burlesca.

—Ni uno solo quiso hacerme caso; insté y se echaron á reír, y uno que tenía más gana de hablar que sus compañeros, me preguntó retorciéndose el bigote: *¿Qué edad tiene vuestra niña, abuelita?* Veinte años. *Está bien, me respondió, se han burlado de vos y hecho lo que querían, podéis iros á descansar.* La gente que pasaba, que no era mucha por allí, empezó á agruparse á mi alrededor formando un círculo y me corrí como una mona, eché á correr, y aquí me tenéis.

—¿Queréis que os diga mi opinión?—dijo Joquelin.

—Decidla.

—Pues bien, creo que era una cosa convenida. A una muchacha de la edad de Rosa no se la coge con tanta facilidad. Cuando una mujer no quiere dejarse coger chilla.

—¿Y si la pusieron una mordaza?

—Eso sucede en las novelas, pero no en medio de los Campos Eliseos, ¡vamos! tenéis ganas de hacernos reír.

—Lo mismo que aseguráis vos dirán las malas lenguas.

—Tenedlo por seguro. Con seguridad que mañana no se hablará de otra cosa en el barrio.

El portero estaba loco de alegría porque á la portería iba á acudir mucha gente pidiendo noticias, pues Rosa Godin gozaba de verdadera celebridad en el barrio.

Marchóse Florencia Carpiquel de la portería. Subió la escalera, y á medida que se acercaba á su cuarto, y lo hacía muy despacio porque tenía miedo de llegar, producian mayor impresión en su ánimo los argumentos de Joquelin, y se preguntó más de una vez si habría asistido á una comedia premeditada en la que Rosa había desempeñado un papel convenido de antemano. Los Agentes la habian dicho varias veces:

—¡Se han burlado de vos!

¡Y esto era cierto ó á lo menos muy verosímil! Desde luego presintió que nadie quería dar fe á sus palabras, lo mismo los Comisarios de Policía que el público, las vendedoras del Mercado que los Joquelin, y ¿de qué manera dar la noticia á la pobre madre?

Resolvió, á ser posible, pasar sin decir nada para pedir consejo á la noche; y al día siguiente, al amanecer, hacer lo más conveniente.

En el momento en que cruzaba el corredor llevando una palmatoria en la mano, porque el gas hacía rato que estaba apagado, abrióse la puerta de las Godin y se presentó Teresa, que la preguntó con voz ahogada:

—¿Y Rosa? ¿Venís sola? Hablad.

—Es... que... es muy... difícil,—balbució Florencia.

—¿Sucedió una desgracia?

El rostro de la pobre madre se descompuso, y la solterona no quiso engañarla.

—Pues bien, si,—dijo resueltamente,—entraremos en vuestro cuarto y hablaremos.

A la una menos cuarto salió Florencia del cuarto de la pescadera. Estaba muy conmovida á pesar de la ceguedad de su alma, y la asustó la silenciosa, pero realmente enternecedora desesperación de Teresa. Esta, de rodillas al lado de su lecho, lloraba amargamente mientras que Anita, tendida boca arriba en su catre y sonriendo, descansaba con ese sueño propio de los niños ó de los justos.

XIII

El castillo de Savigneux-sous-Etiolles es una de esas hermosas residencias de los alrededores de París en las que los modernos Lenôtre dirigieron el arreglo de los parques y los célebres Gabriel las construcciones y su distribución interior.

Para dirigirse á ella hay que tomar el ferrocarril hasta Lieusaint, ese arrabal que hizo célebre el drama del *Correo de Lion*, siguiendo después un camino trazado entre los campos y planicies más ó menos onduladas que se extienden entre Corbeil y Lieusaint, y á medio camino, hacia Etiolles, se toma á la derecha internándose en una avenida de olmos seculares.